

á elegir á Besarion, como el mas á propósito para el gobierno de la Iglesia en las circunstancias en que ésta se hallaba. Parecia ya que se iba á proceder al escrutinio por pura ceremonia, cuando Alano de Coetivi, cardenal obispo de Aviñon, dijo con mucha firmeza, que no consentiria jamás en que se eligiese por Cabeza de la iglesia romana á un griego, por ser una especie de neófito, cuya fe no era quizá la mas segura: lo cual seria un oprobio para todos los latinos, pues se creeria que no habia podido hallarse entre ellos un sugeto capaz. Pretende un autor contemporáneo (1), que esta faccion de mala fe conocia y apreciaba mucho á Besarion; y por lo mismo no queria elegir un gefe, cuya regularidad y modestia hubieran sido una acusacion continua de la conducta de los que entraban en ella. Casi en el mismo instante quedó electo el que menos se pensaba, como sucedia con frecuencia en semejantes ocasiones, esto es, Alfonso de Borja, cardenal del titulo de los cuatro Santos Coronados, que era el único que pronosticaba su fortuna. Desde que murió el Papa Nicolao, decia Alfonso

sus principales obras la *historia de los Reyes de España*, escrita por orden de Enrique IV: Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos, á quien Eugenio IV honró entre los primeros hombres de su tiempo: Fernando de Córdoba, llamado subdiácono de la Sede apostólica, cuyo ingenio y doctrina fue la admiracion de las universidades mas famosas de Europa, como atestiguan Trithemio, Bzobio, y se lee en su sepulcro de los españoles de Roma: *Cunctarum gentium gymnasia stupuere*. Pudieran aun señalarse otros; véase Mariana lib. 21.

(1) *Platin. in Paneg. Bersarion.*

á todos sus amigos, que él habia de ser su sucesor; pero no le daban oidos, á causa de sus muchos años, y porque le creían tan débil de espíritu como de cuerpo. Segun aseguró él mismo, le habia predicho en otro tiempo San Vicente Ferrer aquella elevacion, y así le canonizó el nuevo Papa; pero teniendo á la vista otras muchas pruebas de santidad, como saben todos. Tomó el nombre de Calisto III, y honró la Silla apostólica con sus virtudes. Siendo obispo y cardenal no habia querido jamás aceptar ningun beneficio ni encomienda, diciendo que estaba contento con su esposa, la cual era virgen, esto es, con su iglesia de Valencia.

Era de la ilustre casa de los Borjas de España, y tenia un talento sólido, mucha política y no poco vigor y teson (*). El Rey de Aragon, á quien habia ser-

(*) Calisto III, llamado antes Alfonso de Borja, nació el año 1375 en la Torre de Canals, posesion de la nobilísima casa de sus padres; mas por haberle bautizado en la iglesia colegiata de San Felipe de Játiva, le hacen algunos autores hijo de aquella ciudad. Siguió los primeros estudios en Valencia, y el de la jurisprudencia en Lérida, donde obtuvo el grado de doctor y la cátedra de cánones. Adquirió tal nombradía por sus lecciones y su gran sabiduría, que Pio II le llamó *escellentísimo entre todos los de su edad en la ciencia de las leyes*. El Papa Martino V le nombró en 13 de Junio del año segundo de su pontificado, cura de la iglesia parroquial de San Pedro mártir y San Nicolás de Valencia; pero deseoso el Rey Don Alfonso V de Aragon de tener á su lado un hombre distinguido por sus virtudes, eminente en sabiduría y hábil para el manejo de los negocios, le llamó cerca de sí y le nombró su consejero. Era Borja tan desinteresado como virtuoso y sábio, así es, que habiéndosele ofrecido la administracion del obispado de Mallorca, la rehusó con-

vido, y que pretendia dirigirle en el trono Pontificio, le preguntó por medio de sus embajadores, cómo queria vivir con él. „Gobierne él sus estados (respondió el Papa), y déjeme á mí gobernar la Iglesia.” No se contentó Calisto con palabras, sino que efectivamente sacó del poder de Alfonso muchas plazas usurpadas á la santa Sede, y cortó gran número de derechos abusivos de los reinos de Nápoles y Sicilia, especialmente con respecto á la disposicion de los beneficios, los cuales daba el Rey á todo género de vasallos, no teniendo á ninguno por inepto con tal que estuviere en estado de pagar.

9. El primer objeto del celo de este Pontífice fue

siderándola incompatible con sus muchas obligaciones; y aun añade San Antonino de Florencia que renunció otras muchas. En 1429 volvió á su patria acompañado del cardenal Pedro de Foix, legado de Martino V para extinguir en Peñíscola las reliquias del gran cisma de occidente; y puede decirse que á persuasion de Borja se redujo el Antipapa Muñoz á la obediencia de la Iglesia, ejecutando lo mismo todos sus compañeros. Tan señalado servicio elevó á Borja á las mayores dignidades: la primera que se le confirió fue el arzobispado de Valencia que se hallaba entonces vacante. Asistió en 1433 al concilio de Basilea, como embajador del Rey de Aragon; puso en paz al mismo Rey con D. Juan II de Castilla, y dió fin á los disgustos y competencias que habia entre Eugenio IV y Alfonso V, trabajando con tanta delicadeza en estos negocios, que admirado el Papa y queriendo recompensar el celo de Borja, le creó cardenal en 12 de Julio de 1444. Su conducta egemplar le hizo admirar en Roma; no habia cardenal mas humilde, mas desinteresado, mas sábio. El Papa Eugenio IV y sus sucesores le instaron para que admitiese otros obispados mas pingües; pero Borja respondia que no queria mas de una esposa y esa vírgen. Berauld nos dice lo bastante acerca de su elevacion y hechos en el pontificado.

el interés de la Religion en Grecia y en los paises inmediatos á ella. Antes de su eleccion se habia obligado á hacer la guerra á los turcos con un voto formal, concebido de un modo muy extraordinario, esplicándose en él, segun refieren San Antonino y Eneas Silvio, como si ya fuese Papa (1). „Yo, Calisto (decia), Pontífice del Dios Todopoderoso, prometo á la santa é indivisible Trinidad, perseguir con la guerra y de cuantos modos me sea posible á los turcos, enemigos del nombre cristiano.” ¡Tal era la confianza que tenia en la prediccion de San Vicente Ferrer! Luego que fue elegido, renovó este voto, y despues envió al cardenal de Aviñon á la corte de Francia, al piadoso cardenal de Carvajal á Hungría, y varios predicadores elocuentes á toda Europa, para exhortar á los fieles á que se prestasen á sus intenciones, contribuyendo á ello con sus personas y con sus riquezas. Envió tambien embajadores á los Reyes de Persia, Tartaria y Armenia, para escitarlos contra un enemigo formidable á todas las naciones: lo que solo produjo el efecto de incomodar á los turcos sin mejorar la suerte los cristianos. Por su parte estableció una marina militar en Roma, cosa que no habia hecho ningun predecesor suyo, y construyó hasta diez y seis galeras, cuyo mando dió al cardenal de Aquilée, el que por espacio de tres años asoló las provincias maritimas de Turquía, y se apoderó de algunas islas. El duque de Borgoña, y aun el Rey de Aragon, se cruzaron en un momento de fervor, y prometieron

(1) *Antonin. tit. 22. c. 14. -- Æn. Sylv. Europ. c. 58.*

enviar sus tropas contra los infieles. Pero estos proyectos de expediciones ultramarinas no tenían ya ninguna estabilidad ni consistencia; y lo que había sido efecto de un entusiasmo momentáneo, quedó destruido por la reflexion tranquila, y por el atractivo de la quietud y descanso.

10. Se estendian las ideas, se aclaraban las nociones, y sucedia la circunspeccion á la precipitacion y á los errores vulgares. La nacion francesa, que había observado siempre mas que otra alguna las máximas pacíficas y juiciosas de la santa antigüedad, ofreció un egeemplo digno de atencion en la causa de Guillermo de Malestroit, obispo de Nantes, que pretendia depender únicamente de la santa Sede en lo temporal de su obispado ⁽¹⁾. Como este asunto interesaba al duque de Bretaña, que era uno de los principales vasallos de la corona, se vió en el parlamento de París, tribunal de primer órden, donde fue condenado el obispo, tratándosele de desobediente y rebelde. No sujetándose todavía, y habiendo apelado á Roma, se apoderó el parlamento de todas sus rentas, y le exigió una multa de veinte mil libras tornesas, porque había violado (dice el decreto) las leyes fundamentales del reino; pues el Monarca recibe su poder únicamente de Dios, y no reconoce otro superior en materia temporal. Por fin, distinguiendo dos artículos tan diferentes en efecto, y confundidos sin embargo por tanto tiempo, declaraba el mismo decreto que aunque sea muy cierto que la santa Sede puede

(1) *Prueb. de las libert. de la iglesia galic. pag. 163.*

escomulgar jurídicamente al Rey, no por eso tiene potestad para privarle de sus estados, ni para dispensar á sus vasallos de la obediencia y fidelidad que le deben: que los derechos del Príncipe se juzgan solamente en su tribunal; y que lejos de poder apelar los obispos de sus edictos, y hacer que sean anulados por los Papas, ni aun pueden salir del reino sin su permiso, ni los Papas tienen facultad para citar ante sí ningún vasallo suyo. Este obispo orgulloso y enredador hizo dimision de su obispado algun tiempo despues.

11. La eterna competencia de los frailes mendicantes con el clero secular, se renovó entonces con un estrépito, que solo puede interesar por la singularidad de los usos y costumbres de aquellos tiempos. La universidad de París abocó á sí la causa, segun su costumbre, sin embargo de que estaba ya para entender en ella el ordinario. Despues de haber estado siete ú ocho años sepultada en el olvido una bula del Papa difunto, que confirmaba los privilegios de las órdenes mendicantes con respecto á la confesion, llegó á manos de los carmelitas de París, los cuales pidieron que se la diese cumplimiento. Inmediamente se juntó la universidad, y declaró ser la bula subrepticia, escandalosa, contraria á la paz, y capaz de trastornar la gerarquía; obligando á los frailes, no solo á renunciarla, sino tambien á hacer que se revocase en Roma, pues de lo contrario serian escludidos de la universidad, y señalándoles el preciso término de dos dias para tomar el partido que mas les agradase. Recurrieron al parlamento, en el cual no querian los

doctores que se tratase de sus privilegios, y solo pudo aquel tribunal acallar por algun tiempo la disputa, tomando por asociados al arzobispo de Rems y al obispo de París. El conde de Richemont, heredero presuntivo del ducado de Bretaña, condestable de Francia, primer oficial de la corona y general de los ejércitos franceses, fue elegido despues por mediador entre los doctores y los religiosos, y á pesar de todos sus esfuerzos, no le fue posible hacer otra cosa que una paz momentánea, á lo menos con los frailes de Santo Domingo, los cuales seguian los consejos y máximas de su general. El Papa Calisto certificó la autenticidad de la bula de su predecesor, la confirmó, y amenazó con las penas mas severas á los que se atreviesen á contravenir á ella. Pero no cedió la universidad, antes bien continuó negando los grados á los dominicos; y venciendo el amor del doctorado los obstáculos que se habian resistido á las mas poderosas mediaciones, se sujetaron éstos y los demás religiosos á lo que pedian los doctores.

12. Durante esta disputa, se quejó la universidad ágricamente de un fraile predicador que habia impugnado en el púlpito la immaculada Concepcion de María, y pidió al duque de Bretaña, en cuyos estados habitaba aquel religioso, que le castigase como á un novador, luego que estuviese convicto: para que se vea que en todas ocasiones se miraba esta piadosa creencia como doctrina comun, no solo de las escuelas de Paris, sino de las iglesias de todos los paises. El concilio de Aviñon, congregado por los legados Pe-

dro de Foix y Alano de Coetivi, y compuesto de gran número de obispos de las metrópolis vecinas, recomendó la observancia de lo que se habia decidido en Basilea á favor de esta doctrina, sin embargo de que no les merecian la mayor atencion las sesiones en que se habia tratado de ella; pero sabian distinguir prudentemente entre lo que estaba autorizado con el sello de la enseñanza comun, y lo que era propio de los estravíos particulares, causados por el espíritu de faccion (1).

13. Otro concilio, celebrado por el mismo tiempo en Soissons, recogió con igual tino y discernimiento los escelentes decretos de disciplina, publicados en algunas sesiones de Basilea (2). Se estableció, que debian observarse con exactitud por lo tocante á la celebracion de los divinos oficios, á la eleccion para las dignidades eclesiásticas, y á la provision de los beneficios; que se guardasen con todo rigor las leyes dadas contra los clérigos incontinentes; que no se confriese el sacerdocio sino á sugetos de buenas costumbres, capaces de explicar el Evangelio, y que tuviesen un patrimonio decente; que aun la tonsura se diese con reserva y discernimiento; que se hiciese justicia á los clérigos que tuviesen alguna queja contra los obispos ó los arcedianos, con motivo de los derechos de visita; que los monasterios y cabildos proporcionasen á los párrocos la subsistencia necesaria, esto es, la cóngrua sustentacion; que de cada cabildo se enviase algun sugeto á estudiar en las uni-

(1) *Anecd. t. 4. p. 379.* (2) *Conc. Hard. t. 9. p. 1381.*

versidades; que los clérigos llevasen corona abierta y hábitos clericales, si querian gozar de sus fueros y privilegios, y que huyesen de todo lujo y profusion en el vestir; y por último, que los obispos no gastasen ropas de seda, ni se presentasen en la iglesia sino con sotana y roquete.

14. En el mes de Diciembre del año 1456, hubo, principalmente en Italia, unos huracanes y terremotos tan formidables, que aun á las almas mas obstinadas las inspiró el temor de los juicios de Dios. Entre Sena y Florencia se vieron á cuarenta ó cincuenta pies de elevacion unas nubes negras y espantosas, agitadas por unos vientos tan furiosos, que se llevaban los tejados de las casas, derribaban las paredes, arrancaban los árboles mas corpulentos, y arrebataban por los aires á los hombres y á los animales. En el Abruzzo, la Pulla y todo el reino de Nápoles, tembló la tierra con tal violencia, que quedaron arruinadas una gran porcion de casas y aun de iglesias. Asegura San Antonino que murieron en esta ocasion mas de sesenta mil personas, y de ellas treinta mil, segun Eneas Silvio, en sola la ciudad de Nápoles (1). Cerca de Royano se abrió la tierra, y saliendo de ella el agua á borbotones con una abundancia prodigiosa, apareció en pocos momentos un lago en los campos que habian estado cargados de mieses. Del seno del mar Egeo salió de repente una isleta, que se elevó cuarenta codos sobre el nivel del mar, y estuvo ardiendo por espacio de muchos dias: lo que causó la

(1) *Antonin. t. 22. c. 14.* -- *Æn. Sylv. epist. 207.*

mayor consternacion, porque no estaban todavía acostumbrados los hombres á semejantes espectáculos, los cuales se han repetido despues con mucha frecuencia en el Archipiélago. Hicieron tal impresion estos terribles fenómenos en el ánimo del Rey de Aragon, que á cada momento renovaba el voto de pelear contra los turcos; pero no volvió á pensar en ello luego que cesó el peligro (1).

15. Jamás se habia presentado una ocasion tan favorable para acabar con el mas peligroso enemigo del nombre cristiano, destrozado ya en los campos de Belgrado. Poco despues de la toma de Constantinopla, habia tratado Mahomet de subyugar á los Príncipes circunvecinos, y especialmente á Scanderberg, cuyo valor era el principal dique que contenia la ambicion del sultan. Habiendo sido rechazados con vigor sus generales, y derrotadas sus tropas por todas partes, á pesar de la rebellion del general albanés, corrompido por Mahomet, nó se disminuyó nada la audacia de éste, el cual volvió hácia el Danubio con ciento y cincuenta mil hombres, y fue á sitiar á Belgrado, plaza sumamente fuerte, donde habia dado al traste toda la habilidad de su padre Amurates (2). Pero el soberbio vencedor de la nueva Roma se figuraba que todo debia ceder á sus fuerzas, y creía invadir, despues de este último baluarte de la cristiandad, no solo la Servia y la Hungría, sino tambien la Alemania y la Italia. Delirando con el orgullo impío de sus

(1) *Platin. in vit. Calixt. III.* (2) *Nauch. vol. 3. gener. 49. pag. 479.* -- *Æn. Sylv. Europ. c. 8.*

proyectos, decia ya: „no hay mas que un Dios en el cielo, ni debe haber en la tierra mas Monarca que Mahomet.”

Tres hombres de un mismo nombre y de muy diferente estado, á saber: Juan de Carvajal, cardenal legado, Juan Huniades, general del Rey de Hungría, y Juan Capistrano, religioso del orden de San Francisco, fueron los instrumentos que en manos de Dios sirvieron igualmente, cada uno á su modo, para confundir la arrogancia musulmana. Carvajal, legado hábil, prelado de eminente piedad, y hombre de un valor propio para todo género de funciones, juntó con el auxilio de Capistrano, poderoso en obras y en palabras, un ejército de cerca de cuarenta mil combatientes, pero sin esperiencia y sin reputacion, sacados á toda prisa de entre el pueblo bajo, sin prest, casi sin armas y sin disciplina; en fin, como debian ser para que no pudiese menos de conocerse en su victoria la obra del Todopoderoso. Huniades puso tambien en campaña un ejército bastante numeroso, pero que á escepcion del general, tan acostumbrado á triunfar de los turcos, no valia mas que el primero, de suerte que los oficiales de la plana mayor temieron, ó se desdeñaron de acompañarle; y era tan poco lo que de él se prometia el Rey Ladislao, que alegando varios pretextos, se retiró desde Buda á Viena de Austria.

Acometida la plaza de Belgrado por tierra y por agua desde el mes de Junio, y sufriendo de dia y de noche los tiros continuos de la artillería fulminante,

y de todas las máquinas infernales que tanto destrozo habian causado en Constantinopla, se hallaba ya en el último apuro, á pesar de todos los esfuerzos de su valerosa guarnicion, cuando á mediados de Julio descubrió las banderas de las tropas auxiliares. Pero estaba separada de ellas por el rio, donde tenia el turco sesenta galeras y una infinidad de barcos de todas formas y tamaños (1). Pudo formar tambien Huniades una especie de flota, con la cual, sin hacer mucho caso de unos enemigos que no tenian la mayor destreza en la navegacion, los acometió furiosamente, y los persiguió con obstinacion, precipitándose con espada en mano, á vista de todas sus tropas, donde estaba mas empeñada la refriega. Capistrano animaba á los fieles llevando un Crucifijo en la mano, sostenia la esperanza de la tropa y del general mismo, reclamaba las antiguas misericordias del Señor, y no cesaba de repetir: „ésta es la causa de Dios: nada importan las fuerzas del hombre.” Fue tal la carnicería que hubo por una y otra parte, que se tiñeron de sangre las aguas del Danubio; pero habiendo roto los cristianos todas las líneas de los turcos, les cogieron veintisiete galeras, teniendo los demás barcos la felicidad de poder abandonarse á la corriente del rio, que era favorable á su fuga. Entonces entraron los vencedores sin ningun obstáculo en la ciudad, donde fueron recibidos como ángeles tutelares y salvadores de la patria, pues se habia visto en un conflicto tan grande por espacio de diez y siete

(1) *Chalc. l. 8.*